

recreo, en su trato particular con ministros, colaboradores, ayudantes, cortesanos y amigos.

Al lado del kaiser, y lejos también del fausto y de la pompa oficiales, se presenta á la emperatriz Augusta Victoria, ocupada en los quehaceres domésticos, atenta á sus obligaciones de esposa y madre.

Con los monarcas, en fin, se da á conocer la corte que en torno de ellos se mueve, y al relato de intrigas palaciegas, de anécdotas sabrosas, de frivolidades picantes, acompañan revelaciones sobre las interioridades de la política alemana, dirigida, en medio de las intrigas, complicaciones y luchas internacionales, por el jefe de Estado más enigmático de la historia con temporánea.

LOS EDITORES



CAPÍTULO PRIMERO

Los padres y los abuelos de Guillermo II. — El príncipe Federico Guillermo de Prusia. — Su educación bajo la influencia de dos astros distintos. — Su casamiento con la princesa Victoria de Inglaterra. — Influencia inglesa sobre el joven matrimonio. — La reina Victoria y el Príncipe Alberto. — Correspondencia entre suegro y yerno. — El rey Guillermo I. — Bismarck llamado al poder. — Sus primeros actos políticos. — Nacimiento del príncipe Guillermo de Prusia. — Sus consecuencias.

En 18 de octubre de 1849, el príncipe Federico Guillermo, hijo mayor del príncipe Guillermo de Prusia y de la princesa Augusta de Sajonia-Weimar, fué declarado mayor de edad, en el 18.º aniversario de su nacimiento, conforme á las leyes de la monarquía. Su abuelo paterno, Federico Guillermo III, había muerto en 1840. Su tío, Federico Guillermo IV, no tenía hijos. Su padre llevaba el título de príncipe de Prusia, que expresaba su calidad de heredero. El joven era, pues, el segundo heredero de la corona. Pero, ¡qué tiempos aquellos en que se celebró su mayoría!

Los vientos revolucionarios, que soplaban de Francia, habían trastornado á Alemania. El rey de Prusia había humillado en 1848 su persona y su ejército ante el mo-

tín berlinés. Su hermano Guillermo había tenido que refugiarse en Inglaterra. Pasó el movimiento popular. El rey, escarnecido un año antes, fué honrado en 1849 con la oferta de la corona imperial, que le presentaron los diputados de la Asamblea nacional de Francfort, y humillado un año después en Olmutz por el Austria, que arrinconó á Prusia. Luego, las cosas volvieron á su primitivo estado. El príncipe de Prusia tornó á sus lares; lo mismo hicieron los demás príncipes; los últimos sediciosos fueron castigados, y hubo en Alemania algunas constituciones más, como la que inauguró en Prusia el régimen parlamentario.

¿Qué había pensado, entretanto, el joven príncipe Federico? ¿Qué ideas había cambiado con su madre, durante el retiro en que vivieron mientras el destierro del padre? Aquella gran palpitación de los corazones alemanes á las palabras de unidad y de libertad, 1849 aquel homenaje rendido por la soñadora Germania á la fuerte Prusia, aquel caos de un momento, aquel flujo y reflujo, ¡qué de materias para las reflexiones del joven heredero de la corona!

Éste había nacido y se había formado bajo la influencia de dos astros muy diferentes: el de Prusia y el de Sajonia-Weimar.

El espíritu de la Prusia militar se hallaba encarnado en su padre, que había hecho sus primeras armas contra Francia en 1814.

La princesa Augusta estaba orgullosa de la gloria intelectual de su pequeña patria; el amor á las letras y á las artes, el culto de la inteligencia, eran para la madre de Federico una herencia de familia.

Al recibir el bautismo, parece que el futuro padre del

emperador actual gritó mucho. Los asistentes al acto religioso pronosticaron que el niño tendría una fuerte voz de mando. Á los nueve años de edad, tuvo por ayo á un coronel. Varios sargentos, elegidos entre los mejores, le enseñaron el ejercicio militar. Á los diez años, fué nombrado segundo teniente con destino al primer regimiento de infantería de la Guardia.

Un año después, en la gran parada de mayo, ocupó, por primera vez, en las filas su puesto de oficial. En todo esto se manifestaba la influencia del astro de Prusia, que había de transmitirse más tarde á su hijo, el actual emperador.

El príncipe Federico empezó sus estudios, y la Historia, el idioma francés y las Bellas Artes fueron objeto de preferencias en su educación, dirigida por el profesor Ernesto Curtius, á quien una lección sobre la Acrópolis de Atenas, explicada ante la princesa Augusta, había valido aquel honor. Influencia del astro de Weimar.

La juventud de Federico transcurrió en la tranquilidad de una vida sencilla. Sus padres no eran ricos. La casa de Berlín en que pasaban el invierno era una de las menos brillantes de la avenida de los Tilos. La residencia de verano, Babelsberg, era entonces muy modesta. Después de 1870, á este castillejo se le añadió un cuerpo de edificio de mucha apariencia. Sin embargo, ningún banquero de mediana importancia lo consideraría bastante suntuoso para su posición social.

La sencillez que reina en el domicilio de los Hohenzollern la encontramos también en la educación de los príncipes de esta casa. Es tradicional en la familia, que, cada uno, aprenda un oficio.

El futuro emperador Federico contaba entre sus maestros al carpintero de la casa real, que le enseñó su arte. ¿Se le quiso recordar con esto que el trabajo es la ley de todo ser humano? ¿Se le quiso advertir que no hay destino seguro, y que conviene que un príncipe, como otro hombre cualquiera, sea capaz de ganarse la vida? Yo creo más bien que, con esta costumbre, los Hohenzollern quieren honrar el trabajo á los ojos del pueblo. Porque esta especie de humildad, no es verdadera modestia. En la afectada sencillez de su vida, los Hohenzollern guardan un sentimiento más vivo de su dignidad que los soberanos cuya majestad se pierde en el boato.

Las grandes vicisitudes templan á las naturalezas vigorosas, y Guillermo I salió de las terribles pruebas de 1848 y 1850 con el espíritu más firme y la frente más erguida. Pero su hijo no se parecía á él, y aquellas mismas jornadas debieron darle una idea de la fuerza de la revolución y de la inseguridad de las cosas de este mundo.

El primer acontecimiento trascendental de la vida del príncipe Federico es su matrimonio, celebrado en enero de 1858, con la princesa Victoria, hija mayor de la reina Victoria y del príncipe Alberto.

Para esta unión, preparada con tiempo, se tuvieron en consideración la edad proporcionada de los cónyuges (el príncipe tenía nueve años más que la princesa), su conformidad de religión, el recuerdo de las viejas alianzas entre Prusia é Inglaterra, la confraternidad de armas en el último esfuerzo contra Napoleón y el apretón de mano cambiado entre Wellington y Blücher, la vispera de Waterloo.

Durante una visita hecha á la corte de Londres en 1851 por el príncipe Guillermo de Prusia y la princesa Augusta, con motivo de la Exposición universal, el proyecto de boda fué discutido y aceptado por ambas partes.

Cuatro años después, en septiembre de 1855, el príncipe Federico Guillermo fué á Escocia, y pidió á la reina y al príncipe consorte, que se hallaban en el castillo de Balmoral, la mano de su hija, que le fué otorgada.

«Hoy, escribe el príncipe Alberto al barón de Stockmar en Coburgo, el joven nos ha hecho su petición con el permiso de sus padres y de su rey. La hemos aceptado por lo que á nosotros toca; pero en cuanto á la otra parte, le hemos rogado que espere hasta después de la confirmación de nuestra hija. Hasta entonces, no hay que turbar la tranquilidad de la niña. El joven quiere presentarle su demanda en la primavera próxima, y, como el matrimonio no puede efectuarse hasta que la novia haya cumplido diez y siete años, el plazo se alarga hasta la otra primavera. Se guardará el secreto en lo posible. Á los padres y al rey se les dirá la verdad, es decir que, el joven y nosotros, nos hemos comprometido con la salvedad de que la princesa será interrogada después de su confirmación... El joven me ha gustado mucho. La rectitud, la franqueza, la honorabilidad son las principales cualidades que en él se muestran. Parece exento de preocupaciones y bien intencionado en grado sumo. Dice que está muy enamorado de Vicky (Victoria). Creo que ella no hará objeción alguna».

El padre no se equivocaba: lejos de oponer resisten-

tencia, la muchacha iba á aceptar gustosa la proposición matrimonial. Había adivinado el gran secreto, y procuró agradar al príncipe, que, á pesar de su tiesura y timidez, era muy guapo, y tenía unos grandes ojos azules que la miraban siempre con muchísima ternura. Sin embargo, quedó convenido que los esponsales no tendrían efecto hasta después de la confirmación. «Sobre esto estamos acordes,» escribe el príncipe Alberto al barón de Stockmar, el 29 de septiembre, y le anuncia que «el joven partirá dentro de dos días.» Pero, pocas horas después, la reina de Inglaterra escribía en su diario: «29 de septiembre. Hoy, nuestra amada hija ha contraído esponsales con el príncipe Federico Guillermo de Prusia... Esta tarde, subiendo á caballo el Craig-na-Ban, él cogió un manojito de brezo blanco (emblema de felicidad) y se lo dió á ella; luego, á la vuelta, bajando el Glen-Girnoch, le ha dejado ver sus esperanzas y sus deseos, que, en seguida, han sido bien recibidos.»

En el transcurso del año 1856, el príncipe hizo dos viajes á Inglaterra para ver á su novia.

El suceso, aunque no hubiese sido oficialmente anunciado, lo conocía toda Europa. Napoleón III, temiendo que aquella alianza de familia entre las casas de Inglaterra y Prusia turbase la intimidad de la alianza franco-inglesa, no ocultó sus recelos al gobierno británico. Pero lord Clarendon le aseguró que los afectos particulares de la reina no tendrían influencia alguna sobre una política que sólo se dejaría guiar por el sentimiento de los intereses y del honor de Inglaterra.—«¡Me alegro mucho de que me lo hayáis dicho!» —replicó vivamente el emperador.

La reina Victoria hizo más: dió al príncipe Federico Guillermo el encargo de llevar una carta á Napoleón III. El príncipe pasó algunos días en la corte imperial, en noviembre de 1856. «Nos ha gustado mucho, escribió el emperador á la reina Victoria. No dudó que haré muy feliz á la princesa real. Me parece que reúne todas las cualidades propias de su edad y de su alcurnia. Hemos procurado hacer su estancia en París todo lo agradable posible, pero todos sus pensamientos parecían estar en Osborne y en Windsor.»

Fijóse, en fin, la fecha del matrimonio, que fué celebrado el 25 de enero de 1858, á las doce,

en el palacio de Saint-James. Antes de la llegada del cortejo nup-

cial, la reina, precedida de lord Palmerston, que llevaba la espada del reino, había tomado pomposamente asiento en la capilla. Toques de tambores y cornetas anunciaron la llegada de los novios, y el órgano entonó luego una marcha triunfal.

El príncipe, pálido, pero conteniendo su emoción, se inclinó ante la reina y se arrodilló sobre su reclinatorio. La princesa estaba muy tranquila; su mirada era «inocente, confiada, seria,» según la afirmación de cro-



La reina Victoria de Inglaterra, madre de la princesa Augusta, prometida de Federico Guillermo de Alemania.

1858

nistas presenciales. Ocho doncellas sostenían la pesada cola de su vestido. Al arrodillarse al mismo tiempo que ella, «hubiérase dicho que una flotante nube de vírgenes» bajaba á la tierra.

El arzobispo de Cantorbery dirigió á la joven pareja un discurso y la sacramental pregunta, á la cual las dos voces contestaron con un firme *sí*. Luego preguntó: «¿Quién da esta mujer en matrimonio á este hombre?»

El príncipe Alberto se levantó y condujo la princesa al arzobispo, que por señas indicó al novio cogiese la mano derecha de la novia con su mano derecha. El príncipe pronunció la fórmula ritual: «Yo, Federico Guillermo Nicolás Carlos, te tomo por esposa, á ti, Victoria Adelaida María Luisa. De hoy en adelante, te guardaré así en la dicha como en la desgracia, en la riqueza como en la pobreza, en la salud como en la enfermedad. Te daré mi amor y mi aprecio, hasta que la muerte nos separe, por la voluntad de Dios. Te doy mi palabra fiel.» La princesa hizo el mismo juramento. Trocáronse los dos anillos de oro de Silesia. El prelado dió su bendición, y el coro cantó el *Aleluya* de Haendel. La ceremonia había terminado.

Los heraldos se dispusieron á marchar al frente del cortejo, pero las dos familias reales se confundieron en efusiones. Ambos esposos se besaron mutuamente, besaron después á sus deudos, y éstos, á su vez, se besaron unos á otros. La reina Victoria suplicó al príncipe de Prusia que en lo sucesivo la tutease.

El cortejo, saludado por los hurras de un inmenso gentío, regresó al palacio de Buckingham, de donde los novios salieron, al anochecer, para Windsor, en cuyo real sitio pasaron la noche de bodas.

El 2 de febrero, el príncipe Federico y su esposa marcharon de Inglaterra, produciéndose, entre besos y lágrimas, la eterna escena de la despedida. La reina ben-



El príncipe Federico Guillermo de Prusia y la princesa Victoria de Inglaterra, después de la boda. (De una litografía de 1858.)

dijo á su hija y la abrazó cariñosamente. «Besé al bueno de Fritz, escribí, y le estreché la mano varias veces. Él no podía hablar; tenía los ojos llenos de lágrimas.» En Gravesend, antes de embarcarse, los novios pasaron por debajo de un arco de triunfo en que se leían estas palabras: «¡Adios, bella rosa de Inglaterra!» Va-

rias jóvenes les precedían sembrando el tránsito de flores. Cuando hubieron subido á bordo del yate *Victoria and Albert*, les rodeó una infinidad de vaporcitos y canoas de donde salían los gritos de: «¡Cuidad de ella! ¡Sedle fiel! ¡Dios os bendicirá!»

Inmediatamente, la princesa ocupó un puesto considerable en la vida de su marido, y con ella, la familia real de Inglaterra, y, sobre todo, el príncipe Alberto á quien su hija adoraba.

En el momento de separarse de él, la princesa dijo cándidamente á su madre: «Creo que no voy á poder vivir lejos de mi querido papá.» Tomaba lección con él todos los días. «Ha aprendido mucho, y cosas muy diversas, escribía el príncipe Alberto á su futuro yerno... Cada noche, de seis á nueve, le doy una especie de catecismo universal, y la dejo trabajar, sin ayudarla, en su estudio; lo que sí hago es corregirle sus ejercicios ó trabajos de composición. En este momento escribe un corto resumen de historia romana.» El príncipe Alberto era muy instruído en filosofía y humanidades. Le gustaba mucho la historia. La protección á las artes y á las letras, que en los matrimonios reales suele partir de la esposa, la ejercía en Inglaterra el marido de la reina, el cual tenía en su vida intelectual y religiosa, la gran libertad de su espíritu y de su situación. Catequizó á su hija, pero su catecismo era variado, amplio, universal, y él no encerró en programas limitados el espíritu de su discípula.

Al mismo tiempo que completaba la educación de su hija, el príncipe Alberto emprendía la de su yerno. Algunas cartas de él, dirigidas á Federico durante su noviaje, son verdaderas lecciones políticas, que convie-

ne conocer antes de estudiar el carácter del emperador Guillermo II, pues muchos de sus actos, como soberano y como hijo, tuvieron por causa una intransigente oposición á la política de sus padres, inspirada por Inglaterra.

El rey de Prusia Federico Guillermo IV tenía entonces de primer ministro al Sr. de Manteuffel, que gobernaba con el pedantismo y la huera solemnidad que son los caracteres habituales de la reacción prusiana. Este sistema era odioso al príncipe Alberto.

«Mi querido Fritz, escribe en noviembre de 1855, con todo mi corazón te doy las gracias por las líneas que me has mandado. La situación de Prusia, tal como me la describes, da mucho que pensar. Los planes imaginados por el partido reaccionario, y los medios empleados en las elecciones pueden poner á la monarquía en gran peligro... Yo me pregunto cuáles son los deberes de las generaciones futuras que ven sembrar tales vientos... Y no puedo menos de contestarme: la conciencia y el patriotismo les imponen que no asistan pasivas á la destrucción de una constitución jurada. ¿Qué haría yo en tales circunstancias? No vacilaría. Protestaría solemnemente, no en un espíritu de oposición contra el gobierno, sino para defender el derecho de aquellos cuyos derechos son inseparables de los míos, los derechos de mi nación y de mi pueblo, y para purificar mi conciencia de toda sospecha de complicidad en esa obra maldita. Á fin de evitar á este acto la apariencia de un afán de popularidad, manifestaría confidencialmente, á quien correspondiese, que, en tal caso determinado, me vería obligado á hacerlo; no lo ocultaría á mis amigos y seguiría viviendo en buena inteligencia

aparente con los gobiernos. Estoy convencido de que esta conducta inspiraría algunos temores á los mal intencionados, y contribuiría á impedir que la nación perdiese la esperanza, que es el mejor fundamento de la paciencia.»

No es únicamente al ministerio á quien el príncipe Alberto trata con ese rigor, sino que ataca al sistema prusiano, en el corazón, es decir, en la burocracia. El príncipe Federico había hablado, en una carta á la reina, de estudios que hacía acerca de los diferentes ministerios.

«Cuando hayas trabajado algún tiempo en eso, dice con tal motivo el príncipe Alberto, reconocerás perfectamente la verdad de esta frase de Oxenstiern: «Hijo mío, verás con asombro en manos de qué necios está la dirección de los negocios del mundo.» Temo que nadie tome interés en explicarte los principios á que las cosas se reducen. Al contrario, y quizá de intento, te abrumarán bajo la masa de los detalles, bajo «el trabajo», como ellos dicen. La mayor parte de los oficinistas alemanes no ven los árboles en el bosque; se hacen del árbol una idea terrible: calculan la riqueza de cada pie según la espesura del oquedal en que se hallan apiñados, y no según el vigor de su desarrollo...»

Esta carta, escrita pocos meses después de los esponsales, supone una gran intimidad, una plena confianza, anteriores cambios de ideas y una especie de confesión política del joven príncipe. He aquí, pues, á un Hohenzollern bajo la dirección de un liberal, que no comprende que un gobierno quiera retirar libertades constitucionales ó hacer amañes con ellas. He aquí el espíritu de un gran pueblo, libre desde hace mucho

tiempo, que cuida por sí mismo de sus intereses y compone la fuerza pública con la suma de lo que valen los individuos, en frente del espíritu de un Estado enteramente formado por príncipes, servido, pero explotado por ellos, y en que el individuo no es más que una pieza de la gran máquina.

El príncipe Federico estaba sin duda, por naturaleza, predispuesto á comprender los consejos del príncipe Alberto: no era prusiano del todo. Además, sentía por su nueva familia ese tierno afecto que suelen experimentar los corazones de los novios. El mismo amor que tenía puesto en la princesa Victoria le inclinaba hacia su amadísimo padre. Hallábase, en fin, bajo el imperio de un espíritu superior al suyo, y saboreaba el encanto de las cartas del príncipe Alberto, después del de su conversación.

En la casa paterna no había hombres con quienes pudiese hablar de aquel modo.

El príncipe Alberto murió en diciembre de 1861, pocos meses antes del advenimiento de Guillermo I al trono de Prusia. Nadie podía adivinar entonces que á aquel rey de sesenta y cuatro años le estuviese aún reservada una carrera tan larga y brillante.

Durante muchísimos años había vivido discretamente cerca del trono, consagrado á sus deberes militares. Sin embargo, durante los últimos tiempos de la vida de Federico Guillermo IV, había mostrado ese asomo de oposición liberal que es como la marca involuntaria de la impaciencia de los herederos. Elevado á la regencia durante la locura de su hermano, había pedido la dimisión al ministerio Manteuffel, para inaugurar lo que los periódicos de la época llamaron una era nueva.

Era nueva, en efecto, pero no como la esperaban los liberales. El rey Guillermo tenía una idea fija: aumentar la fuerza militar del Estado por medio de la famosa reforma que había meditado largo tiempo. Comprendía á su manera sus deberes constitucionales. Había jurado la Carta, pero á su juicio ningún documento podía contener ó limitar su poder que tenía por principio la gracia de Dios y por fin el bien del Estado. Entre estos dos términos, no había lugar más que para el ejercicio de una voluntad libre, dirigida por el sentimiento de su responsabilidad para con Dios y para con el Estado. En sus declaraciones, el rey mezclaba siempre tan bien con la idea de sus deberes la de sus derechos, el divino y el humano, el místico y el real, que era imposible distinguirlos. La Constitución de Prusia, así interpretada, era un documento único en la historia del mundo, pero la interpretación podía conducir al abismo ó al Capitolio.

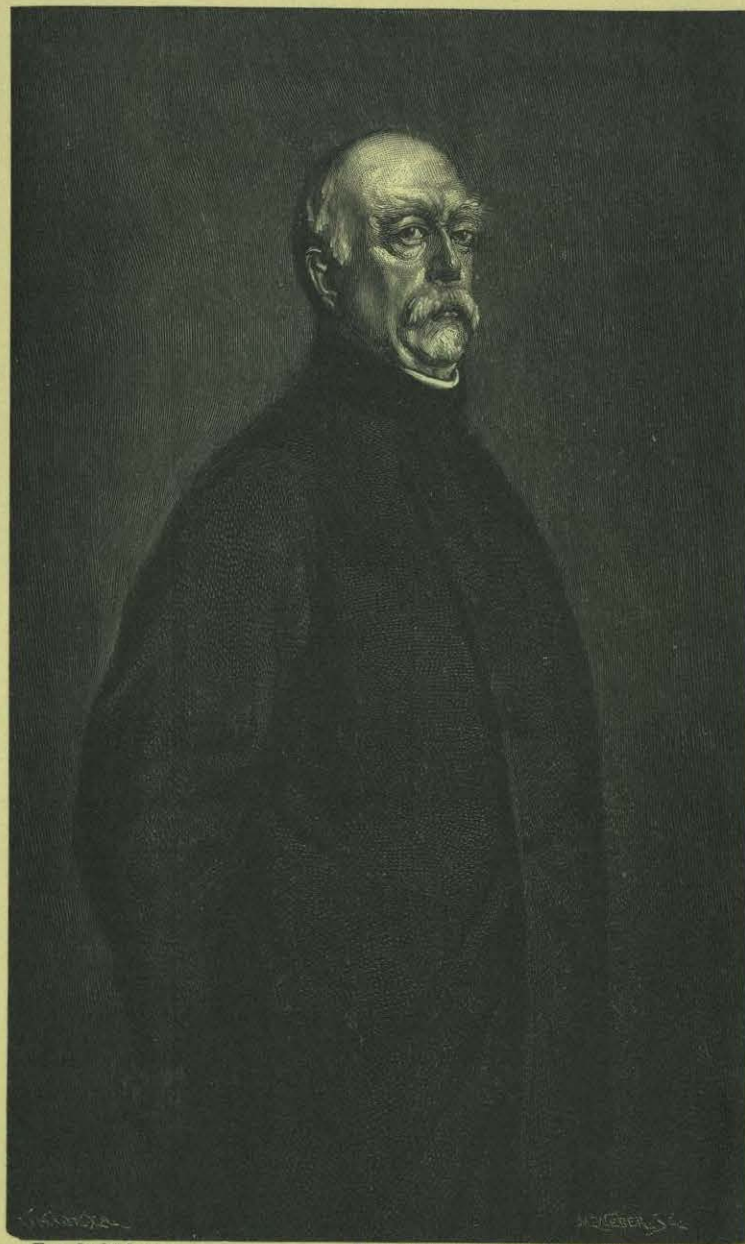
Creyóse desde luego que conducía al abismo. Cuando el rey Guillermo sintió que la resistencia empezaba á ser seria, llamó al poder á un hombre á quien nada asustaba.

Este hombre era Bismarck.

La lucha se entabló entonces en toda la línea, con una decisión y una lógica implacables. La Constitución fué violada en la letra y en el espíritu, audazmente, con mañas de curial y sarcasmos de tiranuelo.

La opinión pública se indignaba; el pueblo protestaba por todos los medios legales, defendiendo con tal constancia sus derechos que el resultado de la batalla parecía indeciso.

Indudablemente la Prusia caminaba hacia su gran-



F. v. Lenbach pinx.

Photographie im Verlag der Photogr. Union in München.

Otto von Bismarck